

mi tardanza; el pobre Bertrand no sabrá qué decir, ¡y madama Destival me pondrá hocico! ¡Pero hocico!... ¡Ah! Dios mio, ¡y estas arañadas! ¡qué diablos voy á decir por esto!... ¡Ah! á fe mia diré que me he despellejado cojiendo avellanas... Es una lástima que no tengan pinchos los avellanos... Sobre todo, que crean lo que quieran.

Se decidió Augusto á ponerse en camino, pero aun echó una mirada hácia el pueblo de Dionisia, y dijo, al alejarse: — yo vendré á conocer á Montfermeil.

## CAPITULO III.

## EL NIÑO Y LA OLLA.

Seguia Augusto el camino que le habia indicado Dionisia, pensando todavía en su lecherita; el hombre mas voluble conserva la memoria de la última mujer que ha acertado á gustarle, hasta que un nuevo objeto agradable, haciéndole experimentar nuevos deseos, borra

de su imaginacion los atractivos en que pensaba antes.

Sacaron de repente al joven de su ilusion algunos lamentos y lloros que percibió; miró alrededor de sí y oyó á diez pasos á un niño que podria tener seis años á lo mas, vestido como los hijos de los rústicos: una chupilla, un pantalon desgarrado por mil partes, sin medias, malos zuecos y sin nada en la cabeza, defendida tan solamente por una gran cabellera rubia.

Se aproximó Augusto al niño, que lloraba á gritos mirando á sus pies con aire de pasmo los restos de una vasija de barro cuyo contenido estaba esparcido por el camino; no se volvió el niño para mirar á la persona que lo llamaba, todas sus ideas estaban concentradas en

la olla quebrada, sin poder hacer otra cosa que llorar llevando de tiempo en tiempo á su cabeza y á sus ojos sus pequeñas manos negras que, mojadas de lágrimas, embadurnaban su cara redonda.

— Pero, ¿qué tienes para llorar así, hijo mio? dijo Augusto bajándose para estar mas cerca del niño. Levantó este un momento hácia el joven los ojos de un azul claro, al rededor de los cuales habian señalado sus manos círculos negros, luego los llevó hácia los pedazos de la vasija rota, diciendo: He roto la olla..... ¡Hí, hí, hí! y estaba dentro la sopa de papá... ¡hí, hí, hí!... y me van á pegar como la otra vez... ¡hí, hí, hí!...

— Diablo, he aquí en efecto una gran

desgracia... pero serénate, niño mio, ya podremos reparar ese daño. ¿Llevabas la sopa á tu padre?...

— Sí, y he roto la olla.

— Ya lo veo... ¿pero por qué te hacen llevar una vasija tan grande?... tú eres aun muy pequeño... ¿Qué edad tienes, hijo mio?

— Seis años y medio... y he roto la olla... y la sopa para papá...

— ¡Sí, sí, está en el suelo!... ya no hay que pensar en eso.

— Eran sopa de coles.... ¡hí, hí!...

— ¡Oh! lo conozco bien... pero no llores mas. Yo te digo que no te pegarán...

— Sí... he roto la olla... y mi madre me habia dicho que tuviese mucho cuidado...

— Vamos, escúchame : ¿cómo te llamas?...

— Coco... y he roto la olla...

— Pues bien, mi Coquito, yo te voy á dar con que comprar otra olla, y mandar hacer tres veces otra tanta sopa de coles. Espero que ya no llorarás.

Al decir esto, sacó Augusto de su bolsillo un peso y lo puso en manos del niño, pero Coco miró la moneda abriendo todavía sus grandes ojos azules, y sin embargo continuó dando recios suspiros y repitiendo : — Me va á pegar papá y mi abuela tambien...

— ¡Cómo! ¿cuando tú les presentes ese dinero?...

— Papá espera la sopa para comer... y cuando no vea la olla...

— Vamos, dijo Augusto para sí, veo

que es necesario me encargue yo mismo de arreglar este negocio. Esto me retardará un poco ; ¡ pero este pobre niño es tan hermoso!... y serán capaces de pegarle á pesar del peso duro... He perdido una hora por decir requiebros á una lechera, bien puedo sacrificar otra por librar de golpes á este niño. — Ven, Coco, adelante, hijo mio..... llévame á tu padre ; yo diré que al pasar junto á tí, he hecho caer lo que llevabas, y salgo fiador de que no te pegarán.

Miró Coco á Augusto, luego volvió á mirar los restos de la olla, de que tenía mucho sentimiento alejarse ; pero Dalville lo tomó de la mano, y por fin se decidió el niño á ponerse en marcha. Mientras caminaban, trató Augusto de

hacer charlar al niño á fin de distraerlo de su miedo. ¿Qué está haciendo tu padre, hijo mio?

— Trabaja en los campos.

— ¿Y se llama?

— Papá Calleux.

— Me parece que papá Calleux no es muy dulce, puesto que le tienes tanto miedo... ¿Y tu madre?

— Se ha muerto.

— ¿De ese modo es tu abuela la que ha hecho la sopa de coles?

— Sí, y me habia dicho que tuviese mucho cuidado de no romper la olla como la otra vez.

— ¡ Ah! ¿con que segun eso ya has roto otra?

— Sí, pero no tenia nada, y me pegaron.

— Se me figura que no eres feliz con las ollas. ¡Pero pegar á un niño tan pequeño!... ¡es preciso que estos rústicos tengan el corazón muy duro!... ¡Pobre niño! ¡suspira y aun no tiene siete años!... sin duda que hay trabajos para todas las edades.

Condujo el niño á Augusto por entre muchos campos, en medio de los cuales habia algunas sendas trilladas. Esto alejaba á Augusto de casa del señor Destival, pero no queria dejar al niño sin haberlo visto feliz. Llegaron por fin cerca de un campo de patatas, y Coco se paró y se apretó temblando al brazo de su compañero, diciendo: — Ve allí papá.

A unos cuarenta pasos vió Augusto á un aldeano ocupado en cavar; soltó al niño de la mano, y se adelantó hácia él

que, medio encorvado hácia la tierra, seguia trabajando. — Tio Calleux, yo vengo á reparar un pequeño accidente, dijo Augusto alzando la voz. Levantó la cabeza el aldeano y enseñó una cara llena de granos, una nariz muy gruesa, ojos saltones, una boca entreabierta, y dientes como de un asusta muchachos.

Este hombre de tan singular fisonomía manifestó su sorpresa al oír á un señor elegante llamarlo por su nombre.

Yo creo que al tio Calleux le gusta tanto el vino como las sopas de coles, dijo para sí Augusto mirando al aldeano.

— ¡Qué hay en que servir á vm. señor? dijo este.

— He encontrado á su hijo de vm., Coco, en el camino...

— ¡Ah! ¿en donde está pues?... debia traerme de comer. ¡Coco!... ¿qué haces ahí?...

— Espere vm. que yo se lo diga todo: Viniendo mirando un hermoso sitio, he tropezado con el niño, y á fe mia que he echado por tierra la olla que tenia... se ha roto, y...

— Vm. la pagará, á eso se reduce todo... porque vm. es la causa de que yo no coma.

— ¡Oh! ¿eso es muy justo!... y por lo mismo he venido á buscar á vm. ¿Cuánto debo á vm.? ponga vm. mismo el precio.

— ¿Qué quiere vm. que le diga, señor? la sopera era buena; bien valia seis reales... y lo menos habia dentro el va-

lor de dos reales y medio de sopa, porque la grasa está cara por aquí...

— Tome vm., ahí tiene vm. cinco pesetas: ¿está vm. contento?

— ¡Oh! ¿sí, señor!... ¡es justo! nada tengo que decir.

— Entonces espero que no regañará vm. á su hijo... y si vm. me cree, no debe hacer llevar tan pesada carga á un niño de esa edad.

— ¡Oh! señor, eso los habitua á ser fuertes... Aquí no podemos criar á nuestros hijos con dulces..... Vamos, ven Coco...

Se adelantó el niño con aire medroso, y, cuando llegó á su padre, se puso á llorar repitiendo: — He roto la olla.

— Sí, sí, ya sé lo que ha sucedido, el señor me lo ha contado todo. Ahora

vete á casa, y dí á madre Magdalena que me haga de comer... y que me tenga vino sobre todo... Pero no, mas quiero ir á comer á la taverna de Claudio... Vete, Coco... y que no me esperen á cenar... tengo que hacer en la ciudad.

Adivinó Augusto que el negocio de Calleux era el de beber las cinco pesetas hasta el último maravedí; pero contento de ver á su protejido enteramente gozoso, se despidió del rústico, y siguió al niño que volvió á tomar el camino que acababan de andar, pero entonces dando saltos y brincos al rededor de su compañero. ¡Se habia olvidado ya el grande disgusto! Se dice que somos grandes niños: sí, para las debilidades, pero no para la dicha.

Feliz Augusto, al ver la alegría del muchacho que no se acordaba de la olla, se complacia en mirarlo.

¡Les pega tan bien el reir á los niños de seis años! Una persona que ama á los niños no concibe que se puedan ver sus lágrimas con indiferencia. ¡Hay sin embargo gentes para quienes tienen mas encantos los ladridos de un perro que la risa de un niño!..... Esto hace mucho honor á su sensibilidad.

Iba Coco por el camino sin cesar cantando, corriendo, dando vueltas al rededor de Augusto, á quien hacia burletas, porque se habia hecho ya grande amigo suyo; á la edad de seis años se concede la amistad con tanta facilidad como á los veinte se entrega el corazon. Jugaba y

corria Augusto con el niño; lo perseguia, lo atrapaba, rodaba con él por la yerba sin reparar en que aquello descomponia su atavío, porque las carcajadas de risa del niño eran tan sinceras y francas que frecuentemente participaba de ellas el hermoso señorito.

¡Pues qué! se dirá, ¡un petimetre, un seductor, un hombre de gran tono, se divierte en jugar en el campo con un niño rústico! ¿Y por qué no? Feliz el que conserva al envejecer el gusto por los placeres de la edad juvenil. Enrique IV andaba por su cuarto á gatas llevando á sus hijos sobre la espalda. Sorprendido en aquella postura por un embajador de una corte extranjera, le preguntó sin descomponerse si era padre de familia, y habiéndole respondido que

Jose A. Treviño 18/1913  
Dier

si, replicó: *En ese caso, voy acabar de dar la vuelta del cuarto.*

Llegado al sitio en que habia encontrado al niño, quiso Augusto despedirse de él y continuar su camino, pero temiéndolo Coco de la mano sin quererlo aflojar le dijo:—Ven á casa conmigo... ven pues..... mamá Magdalena te dará buena mantequilla... ven, verás á Jacqueline... es bien hermosa. Vaya.

—¿Quién es esa Jacqueline, hijo mio?

— Es nuestra cabra, se acuesta junto á mí.

— Pero ¿está lejos de aquí tu casa?

— No, no, está ahí abajo.

Se deja Augusto llevar. Coco diciendo siempre:— está hay abajo; hizo andar aun á su compañero por espacio de una



media hora. Por fin en la orilla de un camino de travesía, descubrieron unos miserables paredones, cuyo pajizo techo estaba abierto por varios sitios, y Coco exclamó: — Ya hemos llegado; ¿ves nuestra casa? luego tiró de su compañero para hacerle correr con él.

Estaba sentada delante de la cabaña una vieja flaca, corcovada y cuya tez daba la idea de las momias de Egipto. Salió sin embargo de aquel cuerpo debil una voz fuerte y áspera.— Ya vuelves por fin, perezoso, le dijo al niño, ¿por qué has tardado tanto?... ¿Y en donde está la olla?...

Miró Coco á Augusto á quien se habia acostumbrado á considerar como á su protector, y este dijo á la tia Magdalena la misma mentira que al tio

Calleux, agregándole tambien otras cinco pesetas que es un argumento irresistible.

Procuró entonces la vieja dulcificar su voz, y empeñó á Augusto á que entrase á beber leche de cabra y comer mantecilla fresca, que era cuanto podia ofrecerle. Entró en la choza el elegante joven cuyo corazon se comprimió al aspecto de aquella miserable morada. Una sola pieza componia toda la vivienda de la familia Calleux; ella era grande, pero no penetraba la luz sino en una parte, ni tenia mas pavimento que la tierra; las paredes mal revocadas no tenian adorno alguno que ocultase su desnudez; amenazaba ruina la cabaña, y en el sitio mas oscuro habia dos miserables camas sin cortinas que las defendiesen

del viento que penetraba por todas partes en aquel asilo cuyo mueblaje consistia en un bufete viejo, una arca para el pan, una mesa y algunas sillas.

— ¿En dónde te acuestas tú? dijo Augusto al niño, quien lo condujo á un rincón de la sala, en que apenas se veía, y le enseñó un gergoncillo sobre el que habia un mal cobertor de lana, y junto al cual habia una cabra echada sobre la paja tendida en el suelo. — He aquí mi cama, dijo Coco; ¡Oh! ¡yo estoy bien, vaya! Jacqueline me calienta por el invierno..... me quiere mucho Jacqueline.

Cojió el niño la cabra por el cuello y comenzó á acariciarla y á rodar con ella por la paja; pero tuvo que dejar luego á su fiel compañera, porque lo llamó su

abuela diciendo:— Vamos pues, ¡bribon! despues jugarás: ven á poner el pan en la mesa... dame una taza... ¡Este tunillo no vale para nada!

— Trata vm. con mucha dureza á su nieto, dijo Augusto sentándose delante de la mesa probando el pan negro y la leche.

— Si lo dejara, señor, estaria jugando todo el dia.

— Sin embargo debe vm. querer mucho á este niño, puesto que es el único que le ha dejado su hija.

— ¡Oh! sí, ¡le quiero mucho! pero cuando es uno pobre mas valdria no tenerlos.

Miró de nuevo Augusto á la vieja rústica y no le sorprendió ya tanto la fealdad de su rostro. Tomó á Coco en-

cima de sus rodillas, le hizo beber leche, y comer pan y mantequilla, se complacia en considerar su linda figura y sus hermosos cabellos rubios. Parecía la vieja enteramente pasmada de las caricias que el señorito prodigaba al niño, y murmuró entre dientes: — ¡Oh! ¡lo echa vm. á perder!... ¡Eso no vale nada!...

— ¡Aprende á leer y escribir?

— ¡Ah! ¡sí!... ¡y el dinero!..... ¡fuera de que no tenemos deseo de hacerlo un sabio! y qué ¿se necesita de eso para conducir el arado?

— Pero á lo menos podria vm. acostarlo en mejor cama de la que tiene.

— No tenemos mas sábanas que para una cama, y á mi edad es justo que yo las use: su padre se acuesta como él

sobre un gergon... Yo respondo de que no duerme peor por eso.

— Vaya, tia Magdalena, tome vm. esto, compre vm. con que hacer una cama á este niño y no lo trate vm. en adelante con tanta dureza.

Al decir esto se levantó Augusto y puso seis duros en manos de la vieja: esta que jamas había visto tanto dinero junto, hizo reverencia sobre reverencia, abrumando al extranjero á protestas de agradecimiento, y diciendo al niño: Pues bien Coco, da las gracias al señor que deja todo esto para tí... ¡Quieres darle las gracias pronto!...

Miró el niño á su abuela con embarazo.

— Déjelo vm. dijo Augusto abrazándolo, no conoce todavía el valor del di-

nero... El beso que me da será mas sincero. Adios mi Coquito... ¡Ah! ¿el camino de Livri?

— Siga vm. ese sendero, señor, que lo llevará al camino real... En media hora estará vm. en él... ¿Quiere vm. que lo acompañe Coco?

— No hay necesidad.

Salió Augusto de la cabaña; el niño le dijo adios y le gritó de lejos: — Volverás á jugar conmigo, ¿no es verdad?

— Sí, dijo Augusto, te lo prometo.

R. H. Cárdenas  
3/11/08

D. M. M. M. M. M. 20/5/90

#### CAPITULO IV.

##### RETRATOS NATURALES.

Desde las once de la mañana estaban esperando á Dalville en la casa de campo del señor Destival. Habia acabado de ataviarse la señora que era una dama morena de treinta años, ojos vivos, mirar lleno de expresion, y que sabia vistiéndose con elegancia hacer valer las ventajas de un talle airoso y formas se-